

exigua pero profunda gama de sus pasiones— en el marco y la protagonización de unos crímenes enormes, en los que los cuerpos convulsivos de los niños degollados prolongasen aquel otro pandemónium de cabezas hendidas y cercenadas de las batallas en que Gilles de Rais —lugarteniente de la Doncella de Orléans y mariscal de Francia— descolló con tanto valor y arrojo como carencia de virtudes (?) diplomáticas y políticas.

De aquella negativa de lo humano y su subsiguiente (o simultánea) elevación a la esfera de lo sacro surge la utilización de lo humano como un simple mecanismo de voluptuosidad o, más exactamente, de éxtasis. Este mariscal de Francia gozaba ante el descuartizamiento de sus víctimas y luego, al chapotear en la sangre de su masacre, se transmutaba en un niño (en un humano primigenio) que hollaba impunemente la obra de aquel con quien quería unirse y por cuya realidad (realidad subjetiva de Gilles de Rais) sollozó y cubrió su cuerpo de lágrimas, retorciéndose de arrepentimiento y horror ante sus jueces.

La voluptuosidad del monstruo era única; sus cómplices y servidores atendían indiferentes sus indicaciones rituales y asistían inmutables a sus excesos. ¿Qué

causa más horror, la brutal expresión de un espíritu enloquecido, o la indiferencia del que le sirve y procura material para sus manipulaciones abominables?

Toda la monstruosidad atinadamente descrita por Bataille —la de Gilles de Rais tanto como la de sus cómplices y la de la sociedad que los cobija, condiciona y determina— constituyen una tenebrosa alucinación. La decadencia que el monstruo encarna es la del mundo al que sirve de emblema: el mundo feudal con su desmesura, su sanguinario horizonte y su horripilante tragedia. Con sus actos —tanto los abominables como los suntuosamente esplendorosos—, Gilles de Rais pretendía detener el tiempo, impedir el devenir que amenazaba su mundo y que, al cabo, terminó con él. Era un gesto insensato que agudiza el patetismo de su tragedia. Cuando asesinaba era un demente que intentaba detener la Historia con la sangre de sus víctimas y su vicio pederasta, pero cuando pretendía deslumbrar con su magnificencia se convertía en un símbolo lúgubre y sarcástico. En sus viajes, Gilles de Rais se rodeaba de un séquito que, en realidad, era una ciudad, construida a sus expensas, pseudomilitar y pseudoreligiosa, en un

intento lunático por lograr la permanencia del marco bélico y eclesiástico que había dado sentido a un orden histórico que con él concluía. El desorden de Rais hundía sus raíces en el milenio; su pecado consistió en que, habiendo impregnado su cuerpo y su espíritu en el hábito medievale, no supo descartarse ante la Historia. ■ CHAMORRO.

Pedrolo: Es peligroso hacerse esperar

«Un amor extramuros», novela de Manuel de Pedrolo traducida recientemente al castellano (1), fue publicada por su autor en catalán en abril de 1970 y secuestrada por la autoridad competente a los pocos días de ponerse a la venta, por incurrir, según ulterior calificación del Ministerio Fiscal, en el delito de escándalo público. En sentencia del 18 de marzo de 1972, la Audiencia Provincial de Barcelona absolvía al novelista del delito imputado y autorizaba la circulación pública del libro.

Amén de permitir al lector de lengua castellana tomar contacto con la obra del novelista catalán contemporáneo

(1) Aymà, S. A., editora. Barcelona, 1972. 256 páginas.

neo más prolífico, por medio de una obra de madurez, en la que se hallan presentes los rasgos formales más característicos de su narrativa, «Un amor extramuros» centra su interés en la temática abordada y, naturalmente, en el especial modo de abordar la que tiene su autor.

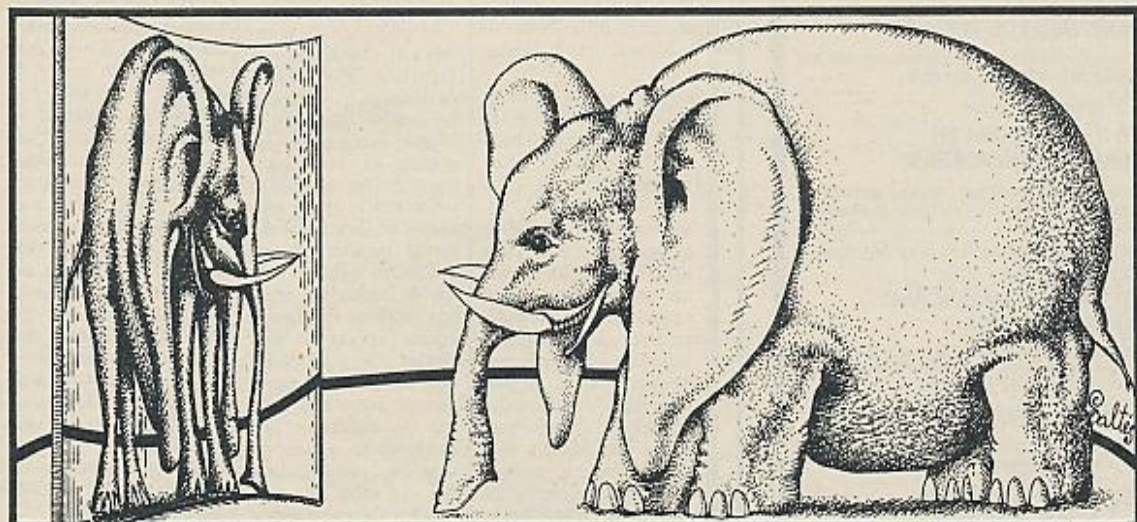
La novela trata el problema del homosexualismo en nuestros días y en nuestra sociedad. Teniendo en cuenta que su redacción data de 1959, hemos de admitir en Pedrolo una audacia nada común, que incluso fue considerada en principio excesiva, como se advierte por los hechos citados al principio, que se producen una docena de años más tarde. Pero también creo que la tardía publicación de la novela ha amortiguado en buena parte el impacto que sobre las normas de conducta de nuestra sociedad estaba destinada a producir. El tiempo no transcurre en vano, y actualmente nos es posible disponer sobre el homosexualismo de una más amplia documentación y un más profundo conocimiento que hace unos pocos años, en la época de escritura de la novela. Por este mismo motivo, la posición en último término moralizante que adopta el novelista —aunque esta posición sea implícita— se me antoja un tanto desfasada en relación con la visión actual del

problema. Estoy seguro de que al propio Pedrolo debe sucederle algo parecido, y que si volviese hoy sobre el tema lo haría con unos planteamientos distintos, a la luz de las nuevas perspectivas que sobre el mismo nos ha sido posible conocer en los años transcurridos. Soy consciente, por tanto, de que tratar la problemática de la obra de Pedrolo, en este caso concreto, según la situación del problema, no resulta estrictamente válido, pero puede servirnos, en cualquier caso, para contrastar las diferencias habidas en el enfoque de la cuestión.

Pedrolo abandona en este caso las preocupaciones existencialistas latentes en tantas de sus producciones (novela y teatro, principalmente) para enfrentarse a una temática de claras implicaciones psicoanalíticas y sociales, que en cierto modo le desbordan. Digo esto porque las implicaciones sociales parecen quedar deliberadamente al margen de la novela. Pedrolo no pone en cuestión la normativa que la sociedad occidental o la civilización cristiana han impuesto sobre el particular. Por el contrario, explica lo que él llama «anomalía» en sus personajes, según unas relaciones familiares muy particularizadas y un cúmulo de circunstancias accidentales que, por

serlo, no deberían tener el carácter tipificador que en la novela tienen, dada la estructura narrativa en que se insertan. Mientras que según esta normativa de la sociedad el homosexual es un «pervertido», un «vicioso», cuando no un «delincuente», para Pedrolo, según las conclusiones que se extraen de la lectura de la novela, es un «enfermo», cuya curación sólo es posible gracias a un enfoque abierto del problema y a una amplia comprensión por parte de la sociedad de la naturaleza de tal «enfermedad». Esto último, en el mejor de los casos, ya que a lo largo de la novela se acepta la existencia de otros a los cuales cuadrarían cualquiera de las calificaciones de la normativa social. Me parece claro que hoy se hace difícil aceptar una generalización tan simple.

La técnica elegida por Pedrolo, sin resultar verosímil dentro del «verismo» en cuyo marco se inscribe su estilo, se revela eficaz para que el novelista consiga sus propósitos: lograr que sus dos personajes centrales se expliquen, y expliquen a los lectores el proceso sufrido en su enfermedad, desde los primeros síntomas hasta el descubrimiento, por el propio «enfermo», de su condición de tal. Los dos homosexuales de «Un amor extramuros» parten de una situación idéntica: la necesidad de hacer comprender a sus respectivas esposas las razones de sus anomalías (de las cuales éstas han sido informadas por sendos ex amantes de sus respectivos maridos), en un desesperado intento de salvar el matrimonio y, con él, la única posibilidad de obtener la curación. Los desenlaces son, asimismo, uno sólo en realidad. Las esposas no comprenden (o, si lo hacen, son incapaces de asumir la realidad) y los enfermos se sienten definitivamente desahucados. Entre planteamiento y desenlace, el nudo de la novela consiste en la relación de una serie





Peter Pan

JARDIN DE INFANCIA

«El Jardín de Infancia es la primera institución extrafamiliar a la que asiste el niño en su proceso de integración social.».....

N. M. VITA

Ramón y Cajal, 18 - Tel. 457 35 81 (Prolongación C. Espina)

LITERATURA Y SOCIEDAD

Crítica literaria viva y actual



1. Alarcos, Alvar, Amorós, Ayala, Baquero Goyanes, Blewett, Bousón, Bustos, Cardillo, Carpiñero, Catena, Loin, Lapesa, Lázaro, López-Estrada, Martín de Pisón, Mayoral, Salvador, Saco, Sabido y Zamora Vicente

EL COMENTARIO DE TEXTOS

Las más prestigiosas especialistas exploran y llevan a la práctica desde posturas críticas muy variadas.

2/ Antrés Amorós

VIDA Y LITERATURA EN "TROTERAS Y DANZADERAS"

Por primera vez, se revisan las claves que permiten conocer esta novela como documento histórico social y creación artística.

3/ Anderson Lambert, Manuel Durán, Seymour Menton, Rodríguez Manegal y otros

EL CUENTO HISPANOAMERICANO ANTE LA CRÍTICA

Un descubrimiento: la raíz de la actual gran novela hispanoamericana.

4/ José María Martínez Cachero

LA NOVELA ESPAÑOLA ENTRE 1939 y 1969

Novela y vida españolas, unidas a lo largo de treinta años.

EDITORIAL CASTALIA

Zurbano, 35. Tel. 419 99 45-419 53-57. MADRID 10

ARTE • LETRAS

de hechos anecdóticos que se nos presentan casi bajo la apariencia de análisis psicoanalíticos. Incluso los personajes secundarios cumplen una función similar a la del especialista médico, ya que sus intervenciones en la acción no tienen otro objeto que el de clarificar ciertas situaciones y dotar de coherencia narrativa al conjunto. Nunca existen por sí mismos, sino a través de la vida absorbente de los protagonistas. Por lo demás, estas se expresan en primera persona del singular. El medio por el cual Pedroló consigue que sus dos casos parciales tengan una dimensión general es simple pero efectivo: en primer lugar, los personajes básicos de ambas historias responden a los mismos nombres (Luis, para los maridos; María Rosa, para las esposas; José María, para los ex amantes delatados; Miguel, para los amantes ocasionales surgidos con posterioridad al matrimonio), y que dan lugar a la definición, en este caso, además, se trata de hombres de raza negra, y sus descripciones son lo bastante ambiguas como para sembrar en el lector la duda de si no se trata de la misma persona en los dos casos); en segundo, Pedroló hace ambivalentes el planteamiento y el desenlace, haciéndonos creer que los dos matrimonios pronuncian las mismas palabras y se comportan exactamente lo mismo ante situaciones muy similares.

En el relato, Pedroló se deja llevar a veces por los convencionalismos, el Luis de clase acomodada, con estudios universitarios, observa siempre una cierta contención y sólo cede a la llamada de la carne cuando cree haber encontrado un verdadero amor. El Luis proletario cae a menudo, por el contrario, en la promiscuidad, elevándose de vez en cuando gracias a una relación más trascendente y profunda. En este caso se da una curiosa coincidencia anecdótica con una de las «Fotografías» que expone Carlos Canilla del Pino en su libro de este título. Sin duda porque el caso expuesto por el psiquiatra cordobés no debe ser infrecuente y porque Pedroló, según nos informa al principio del libro, ha recurrido a un médico psicoanalista, además de a un homosexual, en demanda de información para escribirlo.

Pero lo menos conveniente de la novela resulta ser la situación sentimental de los dos protagonistas cuando aquélla llega a su desenlace, ambos afirman haber descubierto el verdadero amor, el único amor en sus respectivas esposas. Todo lo anterior, por ende, fueron alucinaciones producidas por la enfermedad. Por tanto, el verdadero amor sólo puede darse entre una pareja formada por un hombre y una mujer. Otra omisión o simplificación chocante consiste en que a lo largo de toda la novela, contrariamente a lo que cabría esperar en una temática semejante, no se alude al homosexualismo entre mujeres ni una sola vez, como si tal circunstancia no fuera posible. Aunque la verdad es que el «Diagnóstico General de la Lengua Catalana» (el «Fabra»), en su cuarta edición, de abril de 1966, no recoge término alguno que haga referencia a tales cuestiones. Un verdadero alay de «filología-fleum».

El traductor de la novela al castellano es Francisco Gironella; cuyo trabajo ha sido por lo general riguroso y exacto, excepto en una ocasión, especialmente significativa, el Luis universitario trata relaciones en una playa del litoral catalán con un muchacho inglés, el cual «había aprendido algunas palabras en nuestra lengua apenas las suficientes para entendernos, porque tú ya sabes que yo no sé una palabra de inglés», y que acompañaba a una (la suya) que, por el contrario, «no sabía una sola palabra de nuestra len-

gua, ni hacía el menor esfuerzo por aprenderla». Todo normal, ¿verdad? Pero si consultamos el original comprobaremos que Pedroló escribe «exactamente»: «no sabía ni una palabra de catalán...», «entonces, en vez de la frase transcrita en segundo lugar», «Por qué me preguntas, hasta el traductor al lector de lengua castellana su matiz tan importante, en el que Pedroló se revela no ya como el excelente novelista político que es, sino como un creador de «ciencia ficción» que deja tamaños a Loycecraft y epígonos? ■ MARTÍN VILLUMARA.

El laberinto del Tercer Mundo

El concepto de Tercer Mundo —dice Enrique Ruiz García— es un concepto «de castricia y el tiempo equivoca significación política, económica y casi geográfica». Toda la nomenclatura aplicada a ese enorme conjunto de países que, en general, componen las dos terceras partes de la Humanidad son un equívoco, y al mismo tiempo, una hipocresía de nuestro tiempo. ¿Países subdesarrollados o un vías de desarrollo? ¿Mundo del hambre, neutralismo, naciones proletarias? ¿Países pobres? Los nombres han resultado tan efímeros y tan poco válidos como, desgraciadamente, las esperanzas o las ilusiones que se pusieron en ellos, o que ellos pusieron en sí mismos y en el nuevo mundo que debía nacer como consecuencia de una guerra mundial que se supo ganada por unas fuerzas renovadoras del mundo. Ruiz García es un experto en el tema. Su libro actual (1) es una reflexión sobre un libro anterior, una actualización de nuevos datos y más profundos estudios. Era el anterior «El

(1) «Subdesarrollo e ilusiones» de Enrique Ruiz García. Alianza Editorial, Madrid, 1972.